

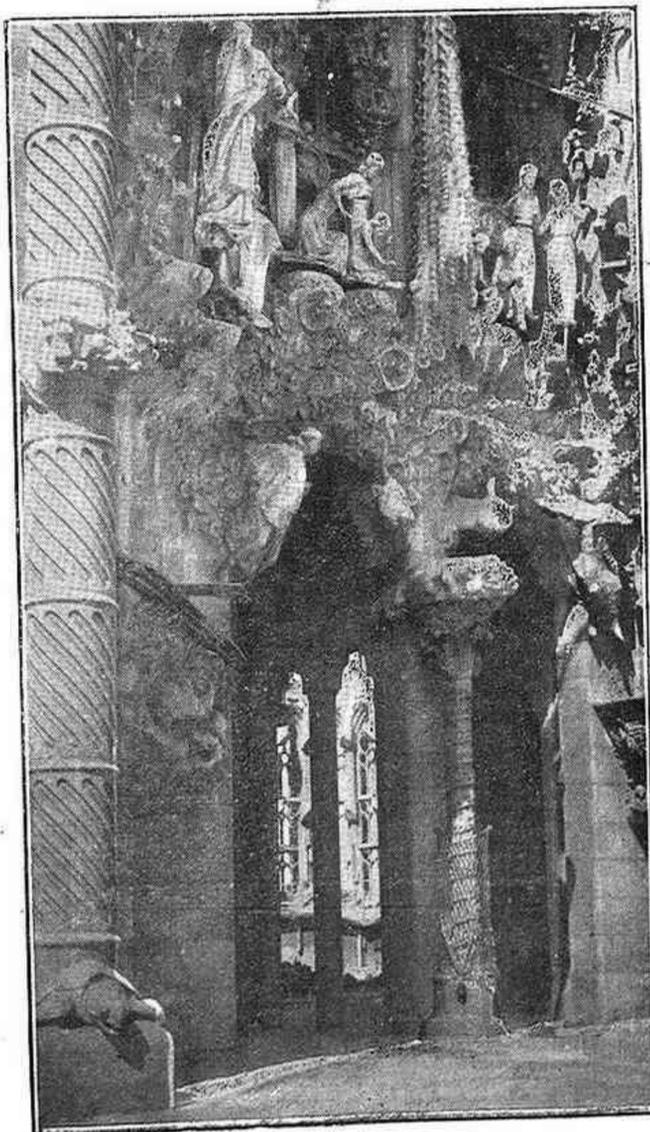
## MARAVILLAS ARQUITECTÓNICAS

### El templo de la Sagrada Familia

SÓLO ha logrado hasta la fecha la tercera parte de la altura que el grandioso y artístico templo dedicado á la Sagrada Familia ha de tener y ya puede considerarse como la obra de arquitectura más importante que se ha erigido en los tiempos modernos, y en tal concepto, su fama corre por todos los países pregonada por todos los inteligentes.

Barcelona, que tantos portentos de la piedra ha heredado de antiguas edades, resurge en la presente de un modo imponente, merced al gusto exquisito de sus escultores y arquitectos y, particularmente de quien, como el genial don Antonio Gaudí, á tan alto grado de refinamiento ha llegado en ambas artes.

Difícil sería elogiar el plan que el señor Gaudí se ha propuesto llevar á cabo, pues es tan amplio, tan variado, tan heterogéneo, que el crítico no puede hacer otra cosa que curarse de la estupefacción que le produce ver confundidos en una sola mole, todos los estilos en harmónico conjunto sin permitir sobresalir á ninguno y sin caer en el barroquismo peligroso de que hay bastantes ejemplares en nuestra capital.



La grandiosidad de la concepción del templo queda, con ser tan portentosa, eclipsada ante la belleza de los detalles que la constituyen y la ornamentación que la enriquece. Palmas, estatuas, dragones, tortugas, caracoles, aves, flores.. todos los organismos de la naturaleza han llevado al templo en construcción el contingente de sus líneas artísticas, interpretadas de modo tan admirable, que no parece sino que la piedra, para acceder á los deseos del señor Gaudí, se ha convertido tan maleable como la cera.

La portada representa la infancia de Jesús, y la parte posterior las conmovedoras escenas de la Pasión y Muerte.

Las doce torres que coronan la inmensa mole parecen, vistas á distancia, primorosos encajes catalanes, y el punto alto de la Catedral, ostentará una colosal cruz de cristales que se iluminará por dentro y enviará sus potentes reflejos sobre el llano de Barcelona.

¿Cuándo se verá concluido el templo? Esta es la única pena que enturbia el placer producido por la emoción estética causada por tanta maravilla.

X.



## Cosas de Luceño

EL más original entre nuestros hombres de gracia es, sin duda, Luceño. Su humor es *sui generis*, peculiar, sin bufonadas ni agudezas, un humor manso y recatado como de quien parece sentir cortedad y vergüenza de ser gracioso.

Bien es verdad que el rostro de don Tomás, vivo retrato de don Casto Méndez Núñez, de largas y canosas patillas, apacible y bonachón, colobra con su ingenio y contribuye á que sus humoradas resulten más inesperadas y deliciosas.

Cierto día el popular sainetero ocupaba en un tranvía, repleto de gente, un asiento próximo á la portezuela delantera. El coche hacía su último viaje, á la una de la madrugada.

Un amigo de don Tomás, que iba en la plataforma trasera, alargó la gaita por la portezuela, y viendo á Luceño en lo hondo del coche, después de saludarle con la mano, en voz muy alta que dominó el rumor del tranvía en movimiento, le dijo, aludiendo á una actriz distinguida:

—¿Conque *tenemos* á María embarazada, eh, amigo Luceño?

El interpelado, con gesto de sorpresa y haciendo el vivo ademán de quien rechaza una acusación grave y calumniosa, le contestó, provocando una explosión general de risa:

—¡Nooo... yo no!

Hablando un día de la rara y feliz longevidad del conde de Cheste, decía Luceño que, cuando el general, como todos los abuelos, se entregaba á charlar y bromear con sus nietos, á lo mejor, sintiendo galbana y pidiéndole el cuerpo un poco de siesta, los despachaba diciendo:

—Ea, dejadme, voy al dormitorio á agonizar un poquito.

En cierta ocasión hablaba de los largos paréntesis que suelen hacer ciertos oradores, y después de citar varios ejemplos de que podía dar fe como antiguo taquígrafo del Senado que hizo su aprendizaje de estenografía tomando notas tironianas de las estupendas narraciones de Fernández y González, aseguró que el paréntesis más largo que recordaba, no era precisamente de un orador, sino de un músico.

He aquí el caso:

Entrando Luceño una noche en el teatro de Lara, saludó en el vestíbulo al maestro Valverde, que llevaba, como de costumbre, sombrero de copa alta. Poco después, en el saloncillo, advirtió don Tomás que Valverde tenía puesto un hongo viejo.

—Juraría, maestro, haberle visto hace un momento con chistera.

—Es verdad... Es que cuando voy á llenar el huequecito (Valverde llamaba «llenar el huequecito» á dirigir el sexteto en los intermedios) me pongo la chistera...

En esto sonó un timbre y el maestro marchóse precipitadamente, en tanto que Luceño saludaba á unos amigos.

Transcurrió cerca de media hora, y cuando don Tomás, después de charlar de mil cosas, de todo se acordaba menos de la chistera del maestro, el director del sexteto de Lara, de regreso, sentándose á su lado y dándole una palmadita en el muslo, *prosiguió*:

—*Pero...* cuando estoy aquí con ustedes uso este hongo.

EL BACHILLER FRANCISCO DE ESTEPA

## Epigrama

—Vaya un entierro, *chavó*.  
¡Si da grima de mirarlo!  
Una caja de á diez reales,  
un coche con dos caballos,  
y por acompañamiento  
un *simón* medio borracho.

—Mira, Liendre, no murmures,  
que eso no es de buen cristiano.  
¡Quién sabe, cuando te entierren,  
si tendrás tú que ir andando!

TOMÁS LUCEÑO

cumplimiento que mi amo nos tiene prometido; que en eso de la manta no faltarán dos y aun tres; que yo se las pediré al huésped para que las eche vuesa merced en su cama, cuanto y más, que no hace agora tanto frio que obligue á procurallas.

Como Bárbara vió que no le habia entendido, le dijo hablando más claro:

—Pues, Sancho: si vuestro amo ha de alquilar dos camas, una para mí y otra para vos, ¿no será mejor que nos ahorremos el real de la una cama, para comprar con él un gentil plato de mondongo y un cuartal de pan con que os pongáis hecho un trompo, y vaya el diablo para ruin?

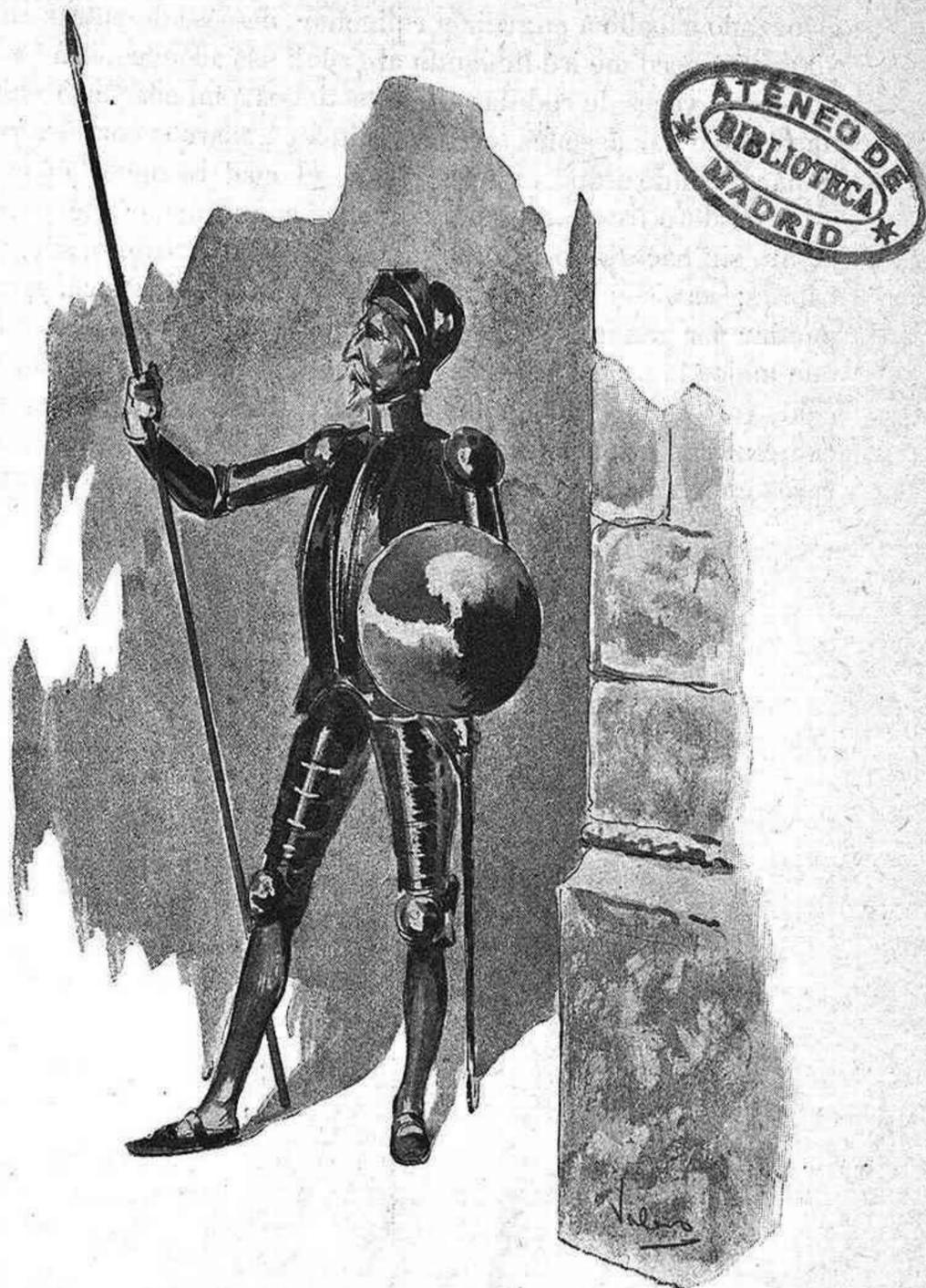
—A fe que tiene razón—respondió Sancho;—ahorremos sin que mi amo lo sepa ese real de la una cama; que yo dormiré sobre un poyo del mesón; que para mí, tan bien me dormiré allí como acullá, á trueque de que nos demos, como dice, una buena panzada con ese real.

Viendo Bárbara la rudeza de Sancho, no quiso tratarle más de aquella materia; y así alargaron el paso tras don Quijote hasta que le alcanzaron, el cual, en viéndolos junto á sí, les dijo:

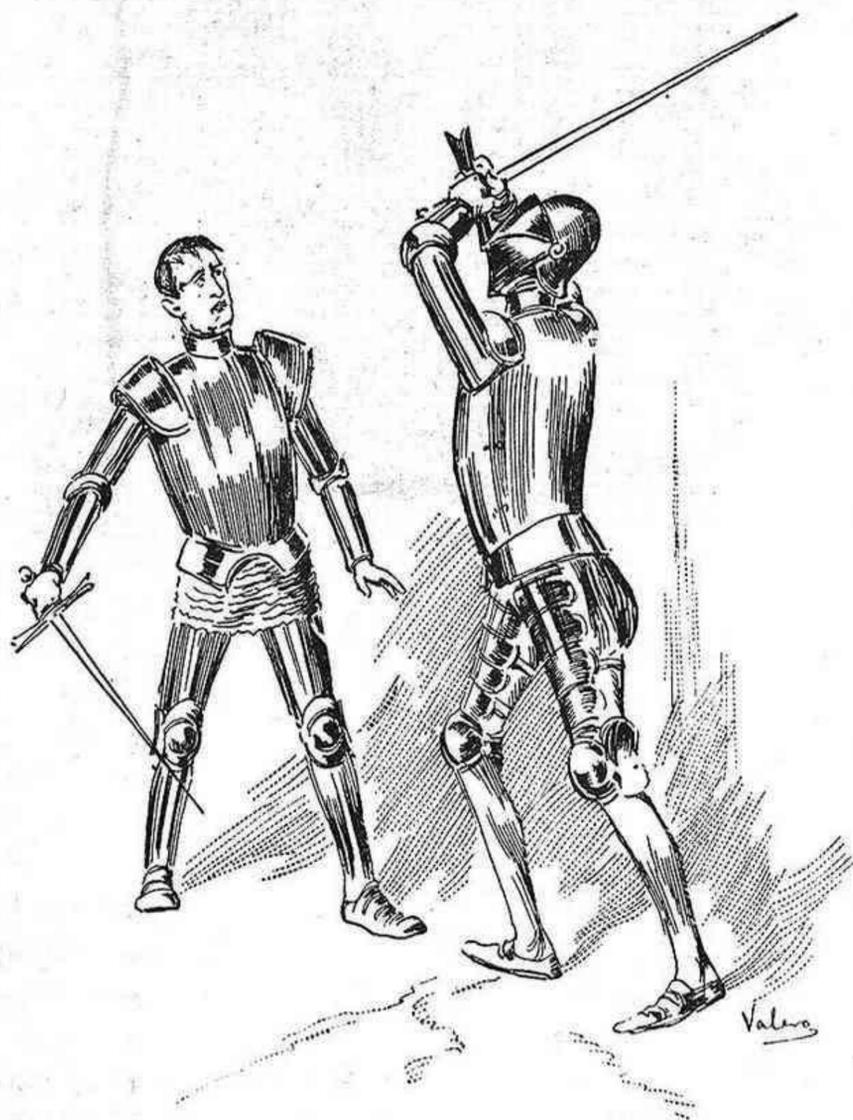
—Paréceme que es tarde para poder hoy llegar á Madrid, y que no será malo nos quedemos esta noche aquí en Alcalá, y mañana proseguiremos nuestro camino; que bien podrá vuesa merced, señora reina, estar encubierta, cerrada en un aposento, tapado el rostro cuando le sirvan á la mesa, por no ser conocida.

Ella le dijo que hiciese lo que fuese servido; que en todo acudiría á lo que fuese de su gusto; y llegaron en esto á un mesón fuera de la puerta que llaman de Madrid, y entrando todos en él, dijo don Quijote á Sancho que llevase las cabalgaduras á la caballeriza y las diese recado, y al huésped pidió un aposento secreto y bien aderezado, do mandó acompañase luego á la reina Cenobia; y quedándose él paseando por el patio sin desarmarse, oyó tocar á deshora con mucho concierto cuatro trompetas, y después dellas un ronco son de atabales; lo cual oído por nuestro buen caballero, le causó notable suspensión, con la cual estuvo atentísimamente escuchando, sin saber qué cosa fuese; y al cabo de rato, después de haber hecho en su fantasía un desvariado discurso, llamó á Sancho y le dijo:

—¡Oh mi buen escudero Sancho! ¿oyes por ventura aquella acordada música de trompetas y atabales? Pues has de saber que es señal de que hay sin duda en esta universidad algunas célebres justas ó torneos para alegrar el festivo casamiento de alguna famosa infanta que se habrá casado aquí; á las cuales habrá acudido un caballero extranjero, cuyo nombre no es aun conocido, por ser mancebo novel; pero no obstante su poca edad, en el principio de sus famosas fazañas ha ya vencido á todos los caballeros desta ciudad y á los que de la Corte han acudido á ella y á sus fiestas, si ya no ha venido á celebrarlas; y esto es lo más cierto; ó algún bravo jayán que, habiendo vencido y derribado á todos los mantenedores y aventureros, se ha quedado por absoluto señor de todas las joyas de dichas justas, y no hay caballero ahora, por valiente que sea, que se atreva á entrar segunda vez



con él en el palenque, de lo cual están los principes tan pesarosos, que darian cuanto dar se puede porque Dios les deparase un tal y tan buen caballero que bajase la soberbia deste cruel pagano, con que dejase alegre toda la tierra, y las fiestas fuesen consumadamente perfetas. Por tanto, Sancho mio, ensillame luego á Rocinante, que quiero ir allá y entrar con gallardía y gracia por la plaza, pues maravillados de mi presencia los que ocupan sus dorados balcones, altos miradores y entoldados andamios, levantarán entre sí un alegre murmullo, diciendo:—Ea, que Dios sin duda ha deparado venga este gallardo caballero extranjero á volver por la honra de los naturales, viendo que ninguno dellos ha podido resistir á los incomparables brios deste fiero jayán.—Tocarán en esto todas las trompetas, chirimias, sacabuches y atabales, al son de los cuales se comenzará mi bueno y esforzado caballo á engreir y relinchar, deseoso de entrar en la batalla; con que callarán todos, y yo poco á poco me iré llegando al cadahalso adonde están los jueces y caballeros; y haciendo hincar dos ó tres veces de rodillas delante dellos á mi enseñado caballo, les haré una cumplida cortesía, haciéndole dar después terribles saltos y gallardos corvetes por la ancha plaza; llegándome luego á la parte donde estará el fiero jayán, el cual reconocido por mí, me acercaré adonde estarán las astas de duro fresno, y tomando dellas la que mejor me pareciere, y llegándome cerca del dicho jayán, sin hacerle cortesía alguna le diré:—Caballero, si te parece, yo querría entrar contigo en batalla; pero con condición que fuese ella á todo trance, que es decir que uno de los dos haya de quedar por general vencedor de las justas, quitando al otro la cabeza, y presentándola á la dama que mejor le pareciere.—Es cierto que, como él es soberbio, ha de responder que sea así. Tras lo cual, volviendo yo luego las riendas á Rocinante para tomar la parte del sol que más me tocara, comenzarán á sonar las trompetas, al són de las cuales arrancaremos como el viento los dos valerosos guerreros; y él no errará el golpe, porque, dándome en medio de la adarga sin poderla pasar,



me hará con la fuerza dél torcer un poco el cuerpo, volando las piezas de la lanza por el aire; pero yo, como más diestro, le daré por medio de la visera con tal fuerza, que, siéndole sacada de la cabeza, caerá del atroz golpe en tierra, por las ancas del caballo; si bien, como es ligero, se pondrá otra vez en pie, y se vendrá para mí con la espada en la mano; y yo, por no hacer la batalla con ventaja, abajaré de mi caballo en el aire, no obstante que muchos lo juzgarán á locura; y metiendo mano á mi cortadora espada, comenzaremos entre los dos el porfiado combate; mas él, no pudiendo atender á mis golpes, me rogará que descansemos un poco, por verse algo fatigado; aunque yo, sin atender á sus ruegos, tomaré la espada á dos manos, y levantándola con un heroico despecho, la dejaré caer con tal furia sobre su desarmada cabeza, que acertándole de lleno, se la abriré hasta los pechos, dando del cruel golpe tan horrenda caída en tierra, que hará estremecer toda la anchurosa plaza, y aun venir al suelo más de cuatro barreras y tablados. Los gritos de la gente serán muchos, la alegría de los jueces

grande, el contento de todos los vencidos caballeros extremado, el aplauso del vulgo singular, é inaudita la música que sonará en exaltación de mi buen suceso; y desde entonces pasarán cosas por mí, que dé bien que hacer á los historiadores venideros el escribirlas y exagerarlas. Por tanto, Sancho, presto sácame á Rocinante.

Sancho, con harto dolor de su corazón, por ver se iba dilatando la deseada cena, fué á ensillarle, y entre tanto que lo hacía, se llegó el mesonero á don Quijote, al cual había estado oyendo todo aquel largo y desvariado discurso, y le dijo:

nero palideció. Eran las mismas, exactamente las mismas que profiriera él en París, á los pies de Albina de Saintanges. Ni Cayetano ni Beatriz pudieron notar la turbación del marqués.

La niña había hecho levantar al médico y se había sentado en el sofá.

—Mi vida, Beatriz, está consagrada desde hoy á vuestra felicidad... Me habéis ligado nuevamente á una existencia que me era odiosa. Prenda insignificante de mi gratitud, será la luz que restituiré á vuestros ojos. Lo juro por Dios.

El marqués y su hija quedaron admirados de la extremada audacia de aquel hombre, quien pronunciaba una solemne promesa, cuyo cumplimiento parecía imposible, sin una gracia especial del Señor.

—No seréis mía,—continuó Cayetano,—si antes no se han devanecido las tinieblas de vuestros ojos...

Acordáos de mis palabras en el jardín: «Te devolveré la vista ó seré ciego como tú...»

—Señor Blackman,—dijo la ciega con voz ronca y trémula,—cualquiera mujer que no se encontrase en mi misera condición, se tendría por dichosa de ser escogida para compañera de un hombre tan ilustre como vos. ¿Qué diré yo, si debo agregar la gratitud al respeto que vuestro talento impone?

—¡La gratitud! ¡qué decís, Beatriz! ¡Oh! de hoy en adelante para mi, la vida, el porvenir, el universo, se cifrarán en vuestro amor.

—¿Y vuestro padre, Oliverio? ¿no existe?—preguntó el marqués.

Una nube pasó por la frente de Cayetano; sus cejas se fruncieron é involuntariamente bajó los ojos poseído de vergüenza.

—No, marqués, mi padre no existe ya,—respondió luego con voz conmovida.

El marqués notó la turbación del médico, y la atribuyó al dolor del hijo que recuerda la muerte de su padre.

—¿Y vuestra madre?—preguntó Beatriz.

—Todos... todos han muerto... no tengo familia,—repuso.—Mi familia, si Dios me concede tan suprema felicidad, sois vos... vos mi padre... volverá á empezar mi existencia... ¿No es verdad, señor marqués, que me permitiréis daros el dulce nombre de padre?

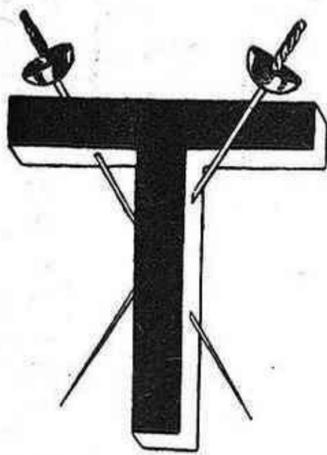
Cayetano besó la mano del marqués, quien sintió un estremecimiento recorrer su cuerpo, y maquinalmente estrechó la mano del médico.

De casi toda esta escena había sido testigo un hombre que entrara en el salón, mientras Rionero y Blackman, sentados frente á Beatriz, daban la espalda á la puerta.

Aquel hombre era el caballero Amadeo.

## XXI

## EL CABALLERO AMADEO



TIEMPO es ya de que el lector conozca más íntimamente á un personaje que hemos presentado en los capítulos anteriores.

El caballero Amadeo Santoni, de antigua familia napolitana, era el único superviviente de cinco hermanos, hijos de un consignatario de buques y de una rica siciliana... Dos varones y dos hembras desaparecieron del mundo en pocos años, parte en Palermo y parte en Nápoles, quedando sólo Amadeo para heredar las riquezas de su padre. Cuando este murió, Amadeo tenía diez y seis años y doscientas piastras de renta al mes. La ambición y la avaricia, devoraban el corazón de este joven, yendo en aumento á me-

dida que aumentaban sus años. Era su sueño dorado poder ostentar una cinta en el ojal de su levita, y lo habría dado todo, excepto su dinero, para poseer un título nobiliario y ocupar un puesto distinguido en la alta aristocracia napolitana.

Sabía que su padre había sostenido largos y costosos pleitos, para reivindicar un feudo en Sicilia, al cual iban anejos antiguos títulos y privilegios. Un testamento destruía estas aspiraciones, ó cuando menos las desvirtuaba en gran manera; un testamento por el cual aquel feudo debía ser enajenado y vendido para sufragios del alma del testador. No interesa á nuestra historia, ni estamos minuciosamente enterados de los detalles de aquel litigio; pero el hecho es que un día el tribunal de Nápoles, falló la causa á favor de Amadeo Santoni, por no haberse encontrado el testamento original. Antes de este tiempo, sin saberse donde, cómo ni por qué, el



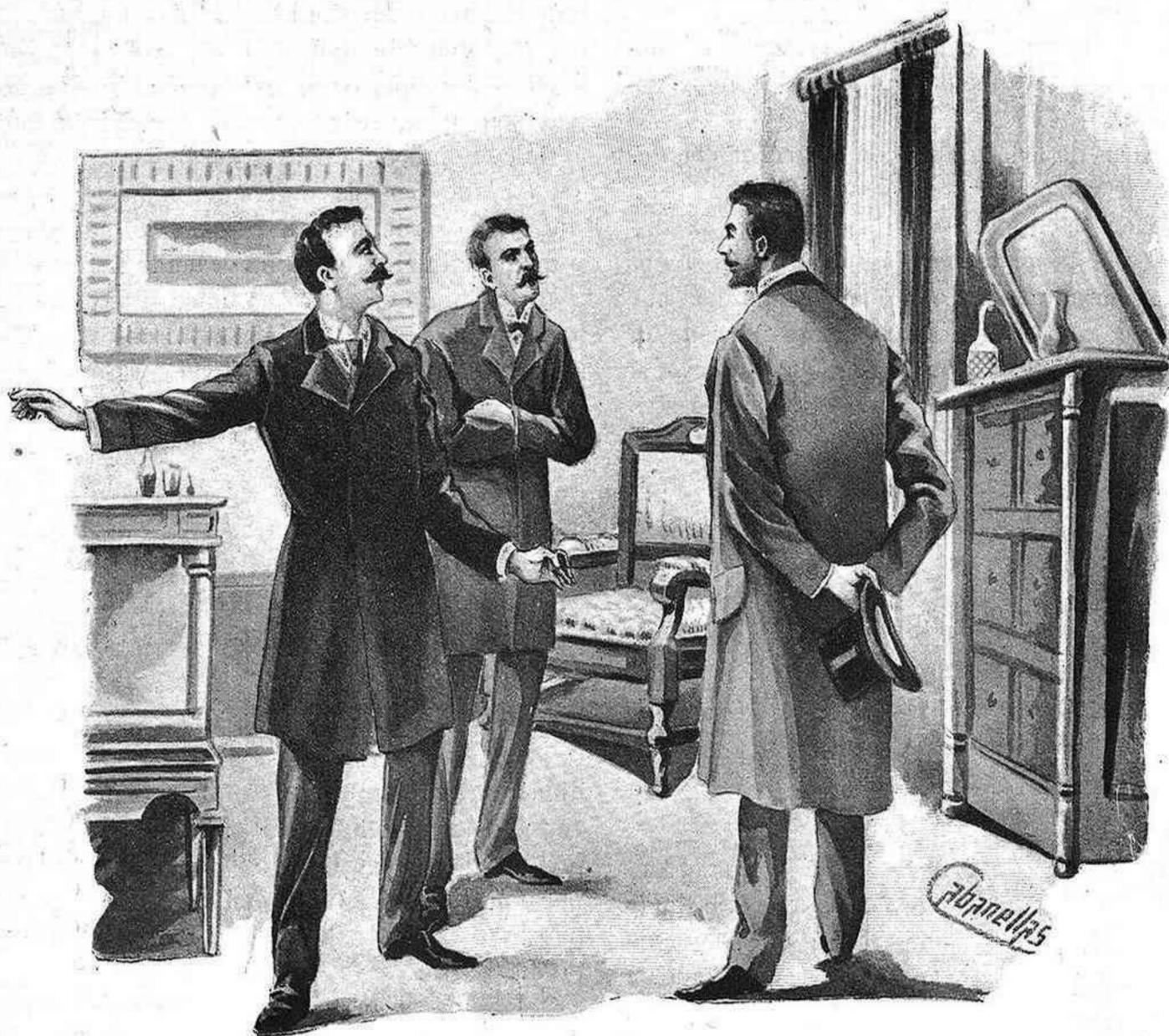
caballero Amadeo compareció en la sociedad napolitana, con una cinta roja en el ojal y con el título de caballero, siendo bien acogido y bien visto en el gran mundo por su ingenio y su buena educación. Locuaz, algo enterado de bellas artes y de letras, gran pianista, rico, joven y de buena presencia, brillaba entre los fatuos del día y se esforzaba en olvidar y hacer que se olvidase que su padre había sido un simple consignatario.

La ambición, en tanto, le atormentaba. No estaba contento con el sencillo nombre de caballero; necesitaba un puesto visible, un cargo elevado, una misión diplomática; y á este fin, se

metió entre los políticos y se deslizó en los salones de los ministros.

El marqués Rionero, aunque retirado desde hacía muchos años de los negocios públicos y voluntariamente desterrado á Sorrento, donde se dedicaba al cuidado de su hija, seguía gozando de su antiguo crédito é influencia. Los ministros iban algunas veces á consultarle, lo cual le hacía obtener fácilmente cuanto deseaba.

El caballero Amadeo adivinó en el marqués al hombre que le podía servir para sus ambiciosos planes, y procuró aproximarse á él, lo cual no fué difícil, merced á la amistad del conde Frasoni.



Ver á la ciega y concebir en seguida el atrevido proyecto de ser yerno del diplomático, fué cosa de un momento, y no cesó hasta haber obtenido del marqués una promesa de matrimonio. Disimulos, hipocresías, astucias, todo lo puso en juego, para conquistar el afecto del padre de Beatriz; mas á ésta no logró engañarla, pues en su alma se reflejaba, como en límpido espejo, sus vicios y su mal disimulada ambición.

Estos detalles bastarán para juzgar á ese hombre y para comprender la rabia que debió apoderarse de él, cuando oyó al aborrecido inglés hablar á Rionero, como habla un hijo á su padre.

—Dispensad, señores, si turbo tan amables intimidades,—dijo irónicamente el caballero;—veo que soy un cuarto personaje que no estaba invitado.

—Pero que llega con oportunidad,—observó Cayetano con irónica sonrisa.

Amadeo lanzó sobre el médico una mirada feroz.

—Señor de Santoni, en realidad no os esperaba hoy,—dijo el marqués;—de modo que os había escrito una larga carta, cuyo contenido, no siendo grato para vos, me sabe mal que debáis leerla ahora en mi presencia. Pero el hombre

# El ramo de las tres naranjitas

(CUENTO DE NIÑOS)

A. S. A. R. *El Príncipe Pájaro.*

HUBO una vez en una gran ciudad, capital de un extenso reino, un pobrecito príncipe que se moría de tristeza, y sus padres los reyes, ancianos ya, inventaron fiestas muy divertidas para contentarle y curarle... ¡Quién puede contar lo mucho que ellos hicieron con este propósito!

Ajustaron á unos danzarines negros que bailaban al són de unos tamboriles, haciendo ademanes, gestos y contorsiones muy graciosos; compraron lindas carrozas tiradas por hermosos caballos de mucho brío, para que en ellas paseara por los jardines el melancólico doncel; dieron magníficos banquetes á la corte y hasta buscaron á «Toti», famosísimo payaso que con sus juegos malabáricos, sus ejercicios acrobáticos, sus saltos y mojigangas era capaz, como suele decirse, de hacer reír á un muerto.

Nada de esto, con ser tan divertido, curaba al príncipe de su aburrimiento y tristeza, y hubo que llamar á los más sabios astrólogos y á los más celebrados médicos, para que aquéllos consultando á las estrellas averiguasen la causa de la enfermedad, y éstos estudiando las plantas y las flores hallaran remedio para curarle.

¡Ni las estrellas dieron luz sobre el oscuro caso, ni las plantas y las flores aroma y substancia que tuvieran la virtud de devolver al joven Jazmín, así se llamaba el príncipe de nuestra historia, la perdida salud.

Hizo entonces el rey, á instancias de su desconsolada esposa la señora reina, que se fijasen en las esquinas de las calles de todas las ciudades y aldeas del reino y en las altas rocas y en los duros troncos de los árboles de los cam-



pos, grandes cartelones, en los cuales se ofrecía un enorme saco lleno de monedas de oro, como premio al que acertara con el remedio para curar al príncipe de su mal.

Roncos se quedaron los pregoneros del reino á fuerza de vocear por todas partes, repitiendo lo mismo que se leía en los cartelones: el viento arrancó muchos de éstos y la lluvia mojó y borró los más, y había pasado ya mucho tiempo sin que nadie se presentase á ofrecer medicina al enfermito.

—¿Qué vamos á hacer ya?—exclamaban afligidísimos los señores reyes.—¡Esperar á ver si el cielo se compadece de nosotros y concede á Jazmín la salud y la alegría!

Una mañana, sin duda para respirar el aire puro y fresco, el joven se asomó á uno de los miradores de palacio, el cual mirador daba á un extenso y hermoso parque, á cuyo extremo había un espesísimo bosque, y vió que por una veredita, blanca cinta tendida en el brillante y florido verdor de los campos, que seguía ondulando por ellos hasta ocultarse en la frondosidad del bosque y bajo el

pomposo arbolado, caminaban una negruzca y encorvada viejecita y una gentil y linda muchachuela, que corría precediéndola, y así fueron hasta internarse en el bosque, del cual salieron, tiempo después, marchando ambas al mismo paso y así también ambas abrumadas por el peso de sendos haces de leña, y esto que el príncipe vió dicha mañana volvió á verlo, y á la misma hora, todos los días, y le entró viva curiosidad por ver de cerca á las leñadoras.

—Padre mío,—dijo Jazmín al rey—dejadme vagar libremente y á mi antojo por el parque; puede que así recobre mi salud.

—Hazlo, si ese es tu placer,—contestó el rey y añadió:—Pero que te siga á distancia uno de los cazadores de palacio, no sea que inerte y solo, te sorprenda y acometa alguna bestia salvaje.

—No, no, padre... quiero ir solo,—exclamó Jazmín en tono de mimosa queja y de voluntarioso deseo. Sin embargo, dijo que llevaría pendiente de su cinturón una trompa y que si se viera en un gran peligro la tocaría para avisar

que acudiesen á ayudarle. Con esta condición el rey concedió más gustosamente lo que se le pedía.

Quitóse el príncipe su vistoso traje de corte y se puso otro más modesto y sencillo, pues tal vez tuviera que andar por ásperas rocas jarales, y no era cosa de que un rico vestido de príncipe se rasgase y manchase, y así marchó á ocultarse detrás de unos zarza-morales á la misma entrada del bosque.

Quiso aguardar allí la llegada de la vieja y de la muchachita. No esperó por mucho tiempo, pues bien pronto las vió aparecer por la veredita y dirigirse como de costumbre á buscar leña en el bosque.

Era la vieja menuda de cuerpo y flaca de cara, tenía los cabellos blancos como la nieve, curva la nariz, que casi se la juntaba con la punta de la barba, desdentada la boca y deslucidos ya los ojos.

La niña era muy airosa y risueña, adornaba su cabeza una espesa cabellera de hilos de oro, relumbraban de alegría sus ojos, grandes, azules como el cielo, y toda ella era lo que se dice un dechado de hermosura y de graciosa inocencia.

—Vamos, vamos, madre Cañamito, no se nos haga tarde, —dijo con voz dulcísima la muchachita.

—No pienses, Azucena, que tengo yo piernas tan fuertes como las tuyas, —replicó la vieja con voz chillona y catarrosa.

Azucena. ¡Qué bonito nombre! pensó el príncipe. Viendo que la viejecita y la jovencilla desaparecían en lo sombrío del bosque, quiso seguir las; pero no hubiese podido hacerlo sin romper ruidosamente por la enredada maraña de matas y escobares, espinos y otros arbustos, lo cual hubiera asustado á la vieja y á la niña, haciéndolas creer que las acometía alguna alimaña fiera. Mas cuando cargadas con los haces de leña las vió el príncipe salir del bosque, compadecióse de ellas, pues era mucho el peso que se habían echado aquella mañana á las espaldas, y las dijo:



—No os asustéis .. Soy un cazador del rey. Me da compasión ver con cuán pesada carga vais agobiadas; si lo permitís, yo gustosamente, y sólo por serviros, llevaré la leña á vuestra choza.

—Sea, — dijo la vieja.

Y el príncipe, aunque no estaba muy fuerte, cargó con los haces de leña y así fué hasta la cabaña de la vieja. Diéronle ésta y la niña las gracias, y el joven se alejó.

Durante muchos días repitióse la escena, y al cabo de algún tiempo el príncipe estaba más ágil, más alegre, con más apetito y hermosos colores en sus mejillas y brillo y animación en los ojos.

Como recorría todas las mañanas el parque, se había enterado de los cultivos y del gobierno y trabajo de los guardas y jardineros y acertó á corregir abusos, á dar pertinentes advertencias y atinadas disposiciones. Sentíase ya casi aliviado; el rey y la reina veían con gozo esta notable mejoría... pero, sin embargo, la tristeza del príncipe no estaba del todo curada, antes podía decirse que en algunos momentos habíase hecho más profunda y apenadora.

¿Qué hacer para curarle?

Triste, sí, triste estaba, porque se había enamorado de Azucena y no se atrevía á declarárselo á ella, ni mucho menos al rey y á la reina. ¿Qué hubieran dicho?

Una mañana, sin embargo, decidió poner los medios para salir de aquella situación. «Si la reina, mi madre, y el rey mi padre, conocieran á esta niña... ¿Quién sabe? ¡Ah! —exclamó súbitamente como inspirado por una luminosa idea,— ya sé lo que he de hacer.»

Fuése al bosque, esperó la llegada de la vieja y de la niña, y las dijo que había señalado el rey por premio de un saco de oro á quien propusiese un medio eficaz para curar al príncipe.

—Pues bien, este medio—dijo el príncipe—lo conozco yo; pero á un pobre cazador, joven é inexperto no le harán caso; si vais vos, abuela vuestras canas, vuestro aspecto venerable infundirán confianza...; reveláis al rey, sólo al rey, el remedio, os dan el saco de oro... venís y nos repartimos por partes iguales el tesoro. El remedio que digo es que toméis un ramo de tres naranjitas y vayáis á ofrecerlo como medicina al cuitado príncipe.

Relucieron de codicia los hasta entonces apagados ojos de la anciana y aun también se manifestó en ellos una

extraña expresión de malignidad y de astucia. Aceptó el trato, tomó un ramito de tres naranjitas y con él se fué al palacio, habló al rey, dejóle para el príncipe una de las naranjas y salió de palacio para volver á los pocos días para saber cuáles habían sido los efectos de aquella medicina.

—¡Magnífico!— exclamó el rey.—¡Mi hijo se ha aliviado por completo!... Id á ver á mi tesorero y recoged el saco de oro... y marchaos... sino es que aceptáis una habitación para vos y otra para vuestra nietecita en mi palacio.

La anciana constató que ella quería vivir con independencia, dicho lo cual despidióse del rey, el tesorero le entregó el saco de oro y la vieja desapareció.

A la mañana siguiente esperó en vano el príncipe en el bosque; ni la anciana Cañamito ni su nieta aparecieron; fuese á la cabaña y la halló abierta, abandonada y vacía...

¡Oh, qué infamial! ¡Qué espantoso! ¡Qué maldad! ¡Qué ingratitud!

El príncipe acababa de recibir un horrible desengaño.

Volvió á palacio, dispuso que varios oficiales por una parte, y él mismo, con sus ayudantes, por otra, recorriesen la ciudad en busca de la anciana y de la niña.

No las hallaron en parte alguna; entonces, enardecido por el afanoso deseo de encontrarlas, pidió licencia al rey para recorrer todas las ciudades del reino, diciendo que deseaba conocer los estados en que habría de reinar.

—Sea, hijo mío—le dijo el rey.—En esto hallarás la mejor enseñanza que convenir puede á un monarca...

Carrozas de viaje, caballos de silla, equipaje suntuoso, criados, guardias para la escolta, cronistas para anotar las observaciones que el príncipe quisiera hacer y para escribir la historia de la expedición; todo fué en breve dispuesto y el príncipe salió al fin de la corte.

—Buscad, buscad en todos los lugares á que vayamos—dijo á dos astutos y diligentes agentes—á una anciana llamada Cañamito y á una joven llamada Azucena.

Vano fué también este largo y penoso viaje.

El príncipe no perdió, sin embargo, ni el tiempo ni el trabajo afanoso empleado en su viaje; hízose cargo de las necesidades del reino, de lo más preciso para el progreso del comercio y de las industrias, de lo que exigía la enseñanza, y en fin, de lo conveniente para mantener con grandeza y honor la vida de la patria.

Tornó á la corte, fuerte, sano, experimentado, laborioso y prudente... pero triste...

¡Ah, niña querida!... ¡Ah, linda Azucena!... Ni el poder ni la sabiduría son la felicidad..

Tornó á enfermar el príncipe, y cuando se hallaba en peligro de volver al abatimiento y tristeza en que años

antes había estado, supo que en la nación vecina, en un país rival al reino, habían cautivado las tropas fronterizas á una pobre anciana llamada Cañamito y á una niña llamada Azucena.

—¡Será posible!... ¡Oh, yo mismo corro á rescatarlas!— se dijo el príncipe. —Posible es que el príncipe, el hijo del rey enemigo, se enamore de Azucena.

Dicho lo cual, el príncipe hizo que el rey su padre declarase la guerra al extranjero, y el príncipe,

el mismo príncipe, mandó el ejército, combatió heroicamente, venció y rescató á Azucena... Cañamito la vieja no pareció por parte alguna.

Cuando el príncipe victorioso entró en palacio, dijo:

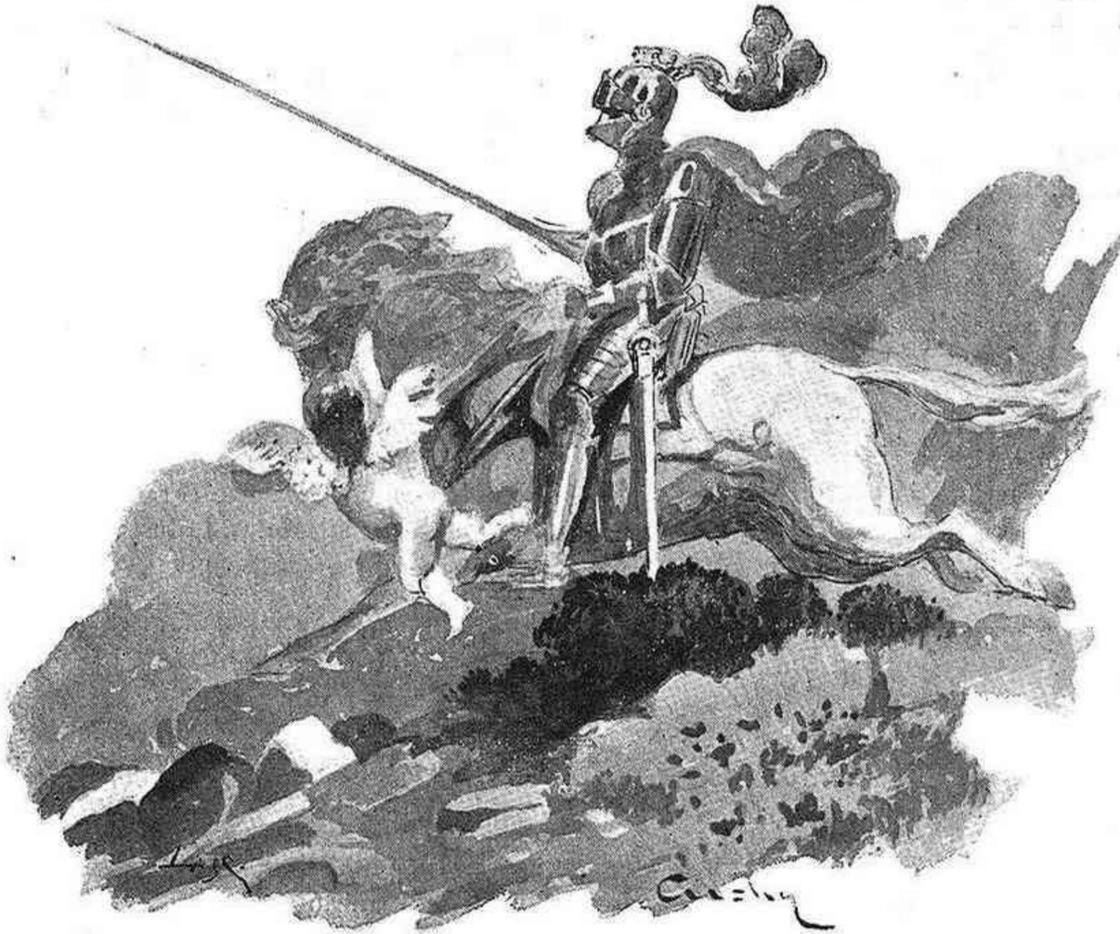
—Ved, padre mío, esta es Azucena... Si yo me atreviera os pediría me permitieseis que la hiciese mi esposa.

—Con gusto, hijo mío... Así lo he deseado Yo... yo las mandé que se alejasen, que huyesen para despertar en ti la actividad, encender tu valor y conducirte á la victoria... ¡Mira!—añadió el rey señalando á un rincón de la estancia.—¡Cañamito! Es la hechicera puesta á mi servicio.

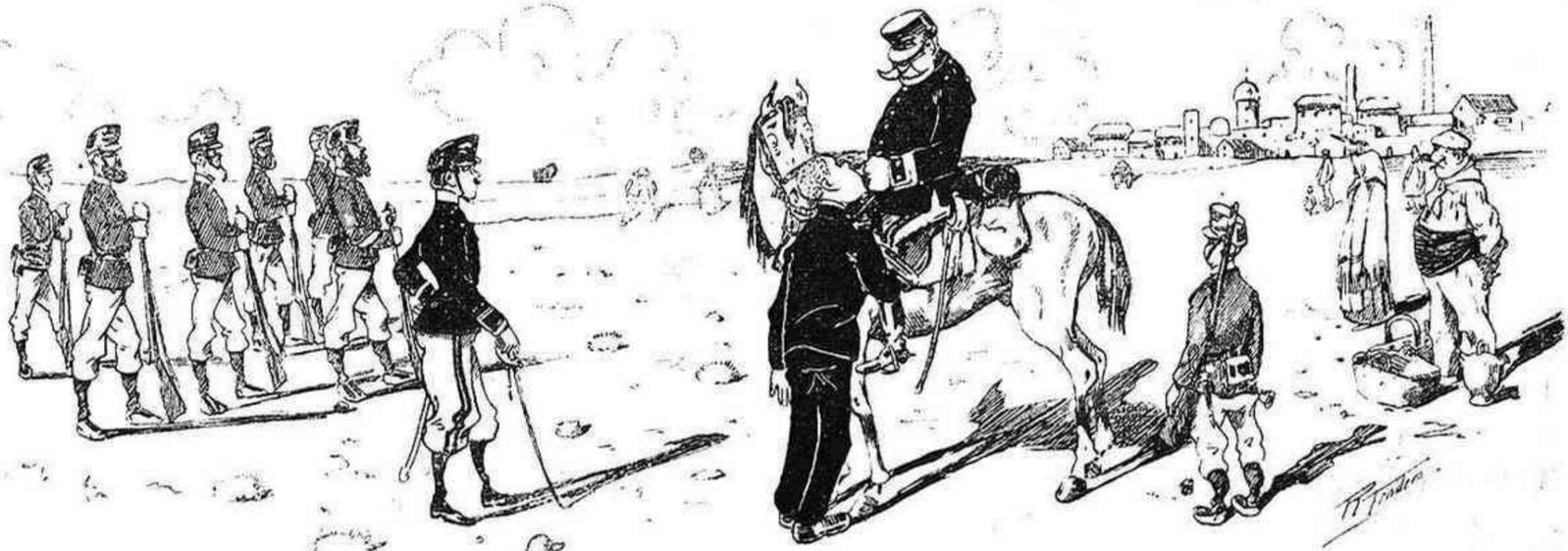
El rey que era ya anciano, abdicó la corona en su hijo, el cual se casó con Azucena y fué él un gran rey justiciero y ella una verdadera reina.

JOSÉ ZAHONERO

(Ilustraciones de Cuchy)



### EN LAS MANIOBRAS, por FRADERA



—Mi coronel; de parte de la señorita que no se fatigue V. S. mucho, porque dice que siempre que anda V. S. de maniobras no puede descansar en toda la noche...

# TOTUM REVOLUTUM

El jueves, ya á fin de mes,  
fué, si no recuerdo mal,  
la vuelta de Monegal,  
de Monegal y Nogués.

Y á eso me dirás, lector,  
sonriendo con malicia:  
—¿Conque... el jueves? ¡Gran noticia!  
¿No cuentas otra mejor?

—¿Cómo? ¿A decir tal te atreves?  
Pues oye: nadie ha afirmado  
que la noticia que he dado  
*no es cosa del otro jueves.*

¡Y vaya si tuvo importancia el viajecito del alcalde!  
Maura, Silvela, Villaverde y otros eximios le ofrecieron  
el oro y el moro, los ares y los mares...  
Así cuentan que lo refirió, al apearse del tren, á cuantos  
le esperaban.

Y le dijo un concejal:  
—¿Qué hay de la zona neutral?  
¿Conceden esa merced?  
¿Qué tal, don José, qué tal?... —  
Y contestó Monegal:  
—Yo, bueno, gracias; ¿y usted?

Da gusto ver la paz que reina entre los exministros liberales.

Los telegramas que llegan á Barcelona, referentes á las reuniones de primates fusionistas, se parecen á los despachos de Tánger ó de Fez, que contienen noticias de Abd-el-Azis, del Pretendiente y de sus huestes belicosas.

Pero, no; hay una diferencia.  
Entre los liberales casi todos son pretendientes.  
Pretendientes á la jefatura.

De cierta ciudad dicen  
que un caballero,  
que contaba veinte años  
y era soltero,  
sintió de amor ardiente  
su alma abrasada,  
*por mor* de los encantos  
de su criada.

Como ella rechazare  
sus amoríos,  
él, harto de desdenes  
y de desvíos,  
se disparó un revólver  
junto á la frente...  
y se fué al *otro barrio*  
directamente!

¡Desventurado! Acaso  
fué su embeleso  
alguna Robustiana  
gorda y de peso,  
de tez ennegrecida  
por los tiznones

y de manos cubiertas  
de sabañones,  
que ora la arena usaban,  
ora la greda,  
y en las que era el esparto  
cual fina seda...!

¡Cáspital! Y va de domésticas enloquecedoras.  
En otra capital, un empleado allí conocido, casado *él*,  
se enamoró atrozmente de una fregatriz.

Y no pudiendo soportar el fuego del amor, decidió tam-  
bién irse al *otro barrio*.

Pero, al otro barrio... extremo de la población.  
Y en compañía de la criada.

¡Hombre! Y en Santander un dependiente  
de no sé qué comercio, se ha fugado.  
—¿Con alguna niñera?

—No; con cinco...  
con cinco mil pesetas de sus amos.

¡Qué barbaridad!  
Asómbrense ustedes.

Leo en un colega un telegrama:

«Reus.—La hija de un industrial se ha fugado de la casa  
paterna acompañada por un periodista conservador...»

Demontre, con los del partido de Unión Conservadora!  
Pero, dice más el telegrama:

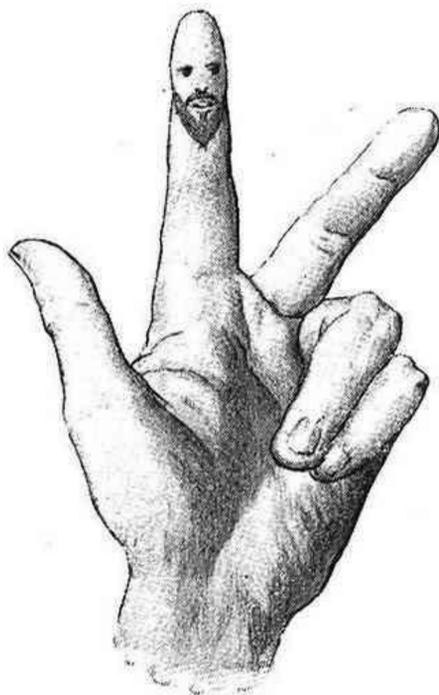
«El periodista es casado.»  
Pues ¡adiós unión y adiós conservador!

Los Carnavales  
no están ya lejos.  
Ya reina el gozo  
y el movimiento  
de los danzantes  
de los dos sexos.  
Y hay bailes varios  
en varios centros  
y en sociedades  
y en el Liceo  
y hasta hay más número

de bailes de esos  
con organillo,  
*chotises* nuevos,  
y parejitas  
que, á pasos lentos,  
se contonean  
ciñendo el cuerpo...  
¡Bueno, señoras!  
¡Bien, caballeros!  
¡Ande la juerga!  
¡Siga el jaleo!

JULIO MARTÍNEZ LECHA

## DISTRACCIONES BARATAS



En la yema del dedo índice se  
pinta el retrato de un paisano de  
Abd-el-Azis.



Con un pañuelo, anudado en  
la forma indicada, se le viste...

## COMO SE HACE UN MORO



... y ya puede ponerse á hacer todas las za-  
lemas que desee, para que Mahoma proteja al  
Sultán, al Tuerto ó al Pretendiente de su pre-  
dilección.

está en manos de Dios y la voluntad humana está supeditada á las leyes de la Providencia que todos debemos acatar. Tenemos grandes novedades en la familia..., lo sabréis todo por la carta.

—He sabido más de lo que deseaba,—respondió temblando el caballero;—adivino estas leyes de la Providencia de que habláis..., os expresáis admirablemente; se vé que esto es obra de la Providencia... En realidad, ¿qué mujer, no siendo una ciega, podía casarse con un monstruo?

A estas palabras, Cayetano se levantó pálido de furor.

—¡Caballero!—dijo el marqués volviéndose á Amadeo;—recordad que estáis en mi casa y en mi presencia.

—Yo soy un monstruo,—dijo Cayetano cuyos labios temblaban convulsivamente,—porque Dios me hizo así..., pero tú eres un villano y un infame, indigno de llevar esa condecoración, que

sirve únicamente para alimentar tu necia soberbia.

No sabemos á qué acto de violencia se habria lanzado el orgulloso Amadeo, si el marqués no se hubiera interpuesto entre los dos rivales.

—Salid, señor de Santoni,—dijo al caballero,—habéis insultado en mi presencia al señor Blackman y á mi hija... Salid... No consentiré que aquí, en esta sala y en presencia de esta desgraciada, se cambie entre vosotros una sola palabra ni un solo gesto de cólera ó violencia.

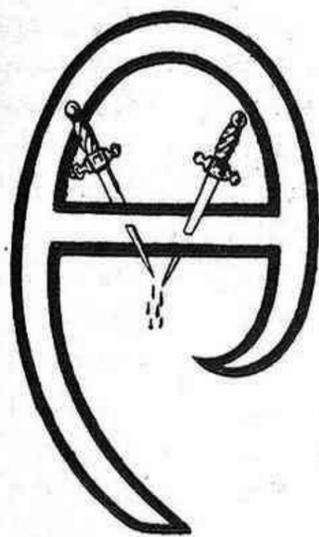
—Salgo, señor marqués, salgo; conozco los miramientos debidos á vuestro nombre; pero antes de salir, tomad, caballero,—dijo volviéndose á Cayetano;—estas son mis señas en Nápoles; espero vuestra visita mañana.

Cayetano tomó friamente la tarjeta de fino papel porcelana que se le ofrecía y la guardó.

El caballero Amadeo había desaparecido.

## XXII

### UN RECUERDO INOPORTUNO



El día siguiente temprano, partió el médico para Nápoles, después de haber tranquilizado al marqués y á Beatriz, prometiéndoles que no se batiría con el caballero Amadeo.

—No emplearé más armas que una palabra,

no lo dudéis; me quedaré todo el día en Nápoles, porque tengo todos mis papeles en la posada Delle Crocelle,.. Mañana por la mañana volveré á Sorrento para no volverme á marchar.

El doctor llegó á Nápoles á las once de la mañana.

Trasladóse en seguida á la posada, empaquetó sus papeles, mandó por un traje nuevo y cortado á la última moda, se vistió con pulcritud, encargó un par de pistolas inglesas de cuatro tiros y las colocó en los bolsillos de su gabán color de plomo, donde tenia además una cartera que contenía gran número de billetes de banco y un pequeño estuche de oro, donde estaban encerradas varias joyas. Al llegar á la puerta de la po-

sada, mandó acercar un coche, dió una ojeada á la tarjeta de Amadeo y dijo al cochero:

—Calle Nardones.

A los pocos minutos se hallaba en el sitio indicado.

—¿El caballero Amadeo Santoni?—preguntó al portero.

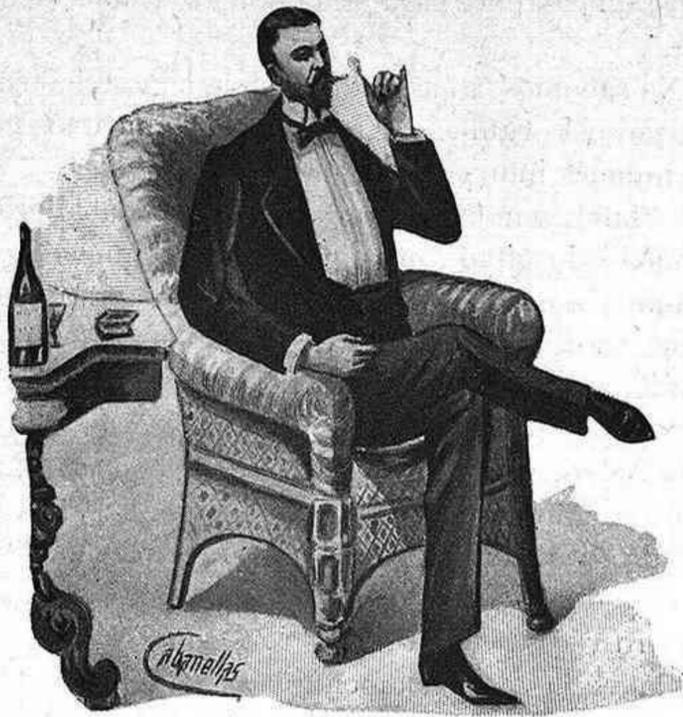
Este le miró de soslayo, y en vista del coche que lo había llevado y de su gaban inglés, hizo con la cabeza un gesto como diciendo: Adelante.

Cayetano Pizani, hizo anunciar á Oliverio Blackman. Poco después era introducido en el gabinete del caballero. Al entrar el médico, salía un hombre que le hizo un profundo saludo y le tuvo abierta la puerta para dejarle pasar. Cayetano saludó con la cabeza, cerróse luego la puerta y se encontró frente á Amadeo.

Hallábase éste sentado en un ancho sillón, con los pies tendidos sobre una silla; una larga bata de seda, con flores y arabescos, cubría en parte su fina camisa inglesa, en cuya pechera se veían dos botones de brillantes. Una especie de gorra militar, algo ladeada, cubría su espesa cabellera... Fumaba un rico cigarro habano,

Al entrar Cayetano no se movió de su posición... mas palideció ligeramente.

—Aquí me tenéis, señor de Santoni... aunque eso de darme cita en vuestra casa haya sido un



proceder poco delicado. Sabéis que somos enemigos y que yo podía haber sospechado un lazo... No quiero creer que os indujese á citarme en vuestra casa la esperanza de que yo no vendría. Si así fuese, os habríais engañado, pues yo no conozco el miedo.

—Esto lo veremos dentro de poco, señor Blackman,—respondió Amadeo mordiéndose los labios...—os agradezco vuestra puntualidad y os juro que no dudaba de ella. Hacedme el obsequio de tomar asiento.

Cayetano se sentó en una silla de enea.

—Sin hablar de los motivos que han podido inducir al marqués Rionero á faltar á la solemne promesa que me había hecho, os declaro, señor Blackman, que ayer me hicisteis un ultraje mortal del cual deseo obtener sin tardanza una completa satisfacción.

—En cuanto á los motivos que han inducido al marqués á retirar la palabra que os había dado, los encontraréis en esta carta que en su nombre os entrego.

Diciendo esto, puso la carta encima de una mesita inmediata al caballero.

—Por ahora no se trata de esto,—dijo desdeñosamente Amadeo...—Sean cuales fueren esos motivos, yo me entenderé con el marqués... ahora se trata de una cuenta que debéis saldar vos conmigo.

—Ante todo, os haré observar que fuisteis vos el primero en ofenderme, y que es á mí á quien toca pedir satisfacción.

—Este, mi querido inglés, es un debate inútil,—replicó Amadeo en son de burla...—Tanto si fuisteis vos, como si fui yo el primero en ofender, lo cierto es que únicamente la sangre puede llenar el espacio que hay entre los dos... os aborrezco desde el momento en que una perversa estrella os trajo á Sorrento.

Cayetano contestó friamente.

—Si yo os he inspirado odio y aversión desde el momento en que me habéis visto, no es menos cierto, que yo por mi parte os desprecio.

—Pensad que estáis en mi casa,—exclamó Amadeo levantándose furioso.

—Lo he pensado.

—¡Pues bien!... Acabemos esta conversación que se hace insoportable... Confieso que fui el ofensor; creo haberos llamado monstruo, ¿no es verdad? pues bien, escoged las armas y dentro de una hora quede resuelta la cuestión.

Dicho esto, se volvió á sentar.

—En esto os equivocáis, señor de Santoni, porque no me batiré con vos.

—¿No os batiréis conmigo?

—Os repito que no me batiré con vos.

—¿Qué quiere decir esto? ¿Seríais tan vil?

—Despacio, despacio,—repuso tranquilamente Cayetano...—os demostraré por qué motivo no puedo batirme con vos y á la vez que no soy cobarde.

—Es que no tengo tiempo que perder en vanas palabras,

—Un poco de paciencia... Ante todo, no puedo batirme con vos por dos razones... escuchadme bien. La primera es que, tanto si yo os matase á vos, como si vos me matáseis á mí, no podría devolver la vista á Beatriz, y luego casarme con ella; comprendéis que esta razón vale por ciento... Si yo os matase, como que los duelos están prohibidos, sería detenido, procesado, y sabe Dios cuanto tiempo perdería... y la verdad, llevo prisa... ¿comprendéis?... llevo prisa para casarme con aquella encantadora criatura... llevo prisa para devolver la luz á aquellos ojos.

El caballero Amadeo estaba pálido de coraje.

—La segunda razón,—prosiguió Cayetano con la misma tranquilidad y afectando no notar el efecto de sus palabras;—la segunda razón, la que deberá ser más poderosa para vos, es que vos tenéis toda la apariencia y todas las cualidades, según el gran Hufeland, del hombre destinado á vivir largos años, y por lo tanto sería un pecado cortar esta vida, y perder por un capricho otros cincuenta ó sesenta años, que quizás os están aun reservados.

Y aquí Cayetano se extendió en una minuciosa descripción de las circunstancias físicas de su rival, hasta que al fin le interrumpió éste, levantándose de nuevo y exclamando:

—Bastante he soportado ya vuestras burlas... os repito que necesito una reparación... Si rehusáis batiros conmigo, me daréis el derecho de publicar vuestra vergonzosa negativa.

—No lo haréis.

—¿Que no lo haré? ¿quién me lo podría impedir?

—Señor caballero, vuesa merced se podrá desarmar, que viene cansado; y dígame lo que quiere cenar, que este muchacho está aquí, que traerá buen recado.

—¡Por Dios—dijo don Quijote—que estáis bien en el caso! Veis lo que pasa en la plaza, la deshonor de vuestra patria y la afrenta de vuestros caballeros, y que yo voy á remediarlos, ¡y ahora me salís con cena! Digo que no quiero cenar, ni comer bocado hasta honrar con mi persona esta universidad, y matar á todos aquellos que lo contradijeren; que es vergüenza, y muy grande, que un jayán solo rinda y sujete á una ciudad como ésta; por tanto, andad con Dios, y mirad si viene mi escudero con el caballo.

El mesonero le dijo:

—Perdone vuesa merced; que yo pensé que lo que contó denantes á su criado era algún cuento de Mari-Castaña ó de los libros de caballerías de Amadís de Gaula; pero si vuesa merced quiere ir, armado así como está, á honrar al catedrático, se lo agradecerán mucho todos.

—¡Qué catedrático ó qué nonada!—respondió don Quijote.

Tres ó cuatro que á la puerta se habían detenido, viendo aquel hombre armado, le dijeron:

—Si vuesa merced ha de ir al paseo, bien puede; que ya es hora; pues llegará en ésta el catedrático al mercado; que aquí no hay justas, ni jayanes de los que vuesa merced ha dicho, sino un paseo que hace la universidad á un doctor médico que ha llevado la cátedra de medicina con más de cincuenta votos de exceso, y llevan delante dél, por más fiesta, un carro triunfal con las siete virtudes y una celestial música dentro, y tal, que si no fué la que se llevó el año pasado en el paseo del catedrático que llevó la cátedra de prima de teología, jamás se ha visto otra igual; y las trompetas y atabales que vuesa merced oye, es que van ya pasando por todas las calles principales, con más de dos mil estudiantes que con ramos en las manos van gritando: ¡Fulano, victor!

—A pesar de todo el mundo, á pesar vuestro y de cuantos contradecir lo quisieren—replicó don Quijote—es lo que tengo dicho.

Sacó Sancho en esto el caballo, y subiendo don Quijote en él, estaba tal y tan cansado, que aun hiriéndole con duro acicate, apenas se podía menear, y no dejaba casa en la cual no procurase entrarse. Sancho quedó con Bárbara en un aposento, la cual, como arriba dijimos, procuraba no ser conocida de persona alguna en Alcalá. Caminó nuestro caballero por aquellas calles poco á poco, yendo siempre hacia la parte que sentía el sonido de las trompetas, hasta tanto que encontró la bulla de la gente en medio de la calle Mayor; la cual, cuando vieron aquel hombre armado y con la figura dicha, pensaban que era algún estudiante que por alegrar la fiesta venía con aquella invención; y poniéndose él frontero del carro triunfal que delante del catedrático iba, viendo su gran máquina y que caminaba sin que le tirasen mulas, caballos ni otros animales, se maravilló mucho, y se puso á escuchar despacio la dulce música que dentro sonaba. Iban delante de los músicos en el mismo carro dos estudiantes con máscaras, con vestidos y adornos de mujeres, representando el uno la Sabiduría, ricamente vestida, con una guirnalda de laurel sobre la cabeza, trayendo en la



mano siniestra un libro, y en la derecha un alcázar ó castillo pequeño, pero muy curioso, hecho de papelones, y unas letras góticas que decían:

*Sapientia edificavit sibi domum.*

Á los pies della estaba la Ignorancia, toda desnuda y llena de artificiosas cadenas hechas de hoja de lata, la cual tenía debajo de los pies dos ó tres libros, con esta letra:

*Qui ignorat, ignorabitur.*

Al otro lado de la Sabiduría venía la Prudencia, vestida de un azul claro, con una sierpe en la mano, y esa letra:

*Prudens sicut serpens.*

Venía con la otra mano, como ahogando á una vieja ciega, de quien venía asido otro ciego, y entre los dos esta letra:

*Ambo in foveam cadunt.*

Púsose don Quijote delante de dicho carro, y haciendo en su fantasía uno de los más desvariados discursos que jamás había hecho, dijo en alta voz:

—¡O! tú, mago encantador, quien quiera que seas, que con tus malas y perversas artes guías aqueste encantado carro, llevando en él presas estas damas y las dos dueñas, la una con cadenas desnuda, y la otra sin ojos y con violencia de su esposo, que procura no dejarla de la mano, siendo sin duda ellas, como su beldad demuestra, hijas herederas de algunos grandes príncipes ó señores de algunas islas, para meterles en tus crueles prisiones! Déjalas luego aquí libres, sanas y salvas, restituyéndoles todas las joyas que les has robado; si no, suelta luego contra mí todo el poder del infierno; que á todos se las quitaré por fuerzas de armas, pues que se sabe que los demonios, con quien los de tu profesión comunican, no pueden contra los caballeros griegos cristianos, cual yo soy.

Pasara adelante don Quijote con su razonamiento; pero la gente de la cátedra, viendo que aquel hombre armado hacia detener el carro y estorbaba que no pasase adelante, hizo se llegasen á él cuatro ó cinco del acompañamiento, pensando fuese estudiante que venía con aquella invención; los cuales le dijeron:

—¡Ah señor licenciado! hágase vuestra merced, por hacérsola, á una parte, y deje pasar la gente; que es muy tarde.

Pero respondiéndoles don Quijote diciendo:

—Sin duda seréis vosotros ¡oh, vil cañalla! criados deste perverso encantador que lleva presas aqueas hermosas infantas; y pues así es, aguardad; que de los enemigos los menos.

Y metiendo en esta mano á su espada, arrojó á uno de aquellos estudiantes, que venía en una mula, una tan terrible cuchillada, que si su cuerda prevención en hurtarle el cuerpo, y la ligereza de la mula no le ayudaran, lo pasara harto mal; revolvió luego sobre otro que detrás dél venía; y de revés acertó con tanta fuerza en la cabeza de su mula, que la abrió una cuchillada de un gemo. Comenzaron al instante todos á gritar y alborotarse; cesó la música; y corriendo unos á pie, otros á caballo, hacia donde don Quijote estaba con la espada en la mano, viéndole tan furioso, apenas nadie se le osaba llegar, porque arrojaba tajos y reveses á diestro y á siniestro con tanto impetu,, que si el caballo le ayudara algo más, no le sucediera la siguiente desgracia. Fué, pues, el caso que



Á CAZA DE UN PRIMO, por ORTIZ



1.—¡Caballero! ¿Quiere usted comprar una alhaja *manífica* que acabo de encontrar?  
—Ya estás tú buena alhaja. ¿Hago yo cara de primo?...



2.—¡Caballe..! ¡Anda *diez!* Que *casualidad*, son iguales iguales; pero ¡que ni de encargo!



3.—La calle del Mico es aquella *¿verdaz?*  
—¡No sé, soy forastero!



4.—Ahora se hace el *cambiaz*o y... ¡Caballero! ¿Es de usted este alfiler que acabo de encontrar?..  
—¡Sí, hombre, es mío! ¡Ayl gracias...



5.—¡Caramba, cómo agradecer su proceder honrado...  
—Como usted quiera; en plata ú en oro...  
—Bien, bien; comprendido (¡Qué gangal! Otro se hubiera quedado con ella).



6.—Tú si que te has quedado con el falso. Y encima me ha dado cinco duros. ¡Esto si que se llama trabajar con limpieza!



ORTIZ

# EL MUNDO AL DÍA

DOMINGO, 25



**C**ARNEGIE, el millonario escocés que se hizo rico en los Estados Unidos con la fabricación de los aceros, acaba de regalar la enorme suma de 400 mil libras esterlinas para crear de nueva planta una universidad en Edimburgo. Será la más cómoda que haya en el Reino Unido; todas, absolutamente todas las dependencias tendrán luz y aire á torrentes y un nuevo sistema de calefacción en invierno, pues el clima de la capital de Escocia es muy riguroso en invierno. Los catedráticos estarán regiamente retribuidos y los métodos de enseñanza diferirán bastante de los empleados en los establecimientos similares oficiales. Cuando esté terminada la Universidad propiamente dicha, se creará un hospital para las clínicas de los que estudien medicina, y 200 enfermos hallarán toda clase de cuidados y asistencia inmejorable á expensas del Rey del Acero, que ha consignado en su testamento una manda pía de 200 mil libras para tal objeto.

LUNES, 26



**E**DUARDO VII indulta de la pena de muerte al coronel Lynch, que resulta así condenado á reclusión perpetua. Según el *Daily Telegraph* es probable que dentro de dos años se conmute esta última pena por la de destierro. La noticia del indulto ha sido muy bien acogida.

—Mister Chamberlain pronuncia un discurso en Lindenburg aconsejando la concordia y la buena armonía entre ingleses y boers. Después habló el general Delarey, el vencedor de lord Methuen, y dijo que habiendo jurado fidelidad á un nuevo poder era necesario mantenerla á toda costa, para que así se vea que si los boers son enemigos encarnizados, son asimismo amigos leales y súbditos fieles.

—En el Estado de Dakota se pone en vigor la ley Wecker por medio de la cual todo matrimonio ha de confirmarse á los seis meses para que surta efectos legales, lo cual equivale á casarse dos veces. Aquél ó aquélla que, pasados los seis meses, no se avenga á ratificar su voluntad matrimonial, será condenado al pago de una indemnización al otro cónyuge, si la reclamare.

MARTES, 27



**L**A cuestión de Marruecos parece entrar en vías de arreglo. Un diplomático francés ha dicho que el Sultán está dispuesto á hacer concesiones á los rebeldes y aun á dar dinero á los jefes de la insurrección. Estima que no habrán de intervenir las potencias.

—Se levanta definitivamente el bloqueo de los puertos de Venezuela. Alemania adopta una actitud menos agresiva y, en cambio, la prensa de los Estados Unidos se muestra más belicosa, llegando á decir algunos diarios que si Alemania persiste en sus intransigencias, el gobierno de la Casa Blanca adoptará una resolución que ha de asombrar al mundo. Añaden esos periódicos que se fortifican á gran prisa algunos puntos del litoral del Atlántico.

JUEVES, 29



**A**SISTE el duque de los Abruzos á la botadura de su nuevo yacht *Leda* en el astillero Costaguta de Woltri. El príncipe rompió la tradicional botella de champagne contra la quilla del buque, que se deslizó suavemente y hendió por primera vez las olas con la proa. Poco después surcó también las aguas el yacht *Artica*, con el que ganó el duque la copa de Francia. Dentro de pocos días correrán en competencia el *Leda*, el *Artica* y otros dos buques que se construyen en los astilleros de San Pier d'Arena y de Liorna. El que resulte vencedor de esa prueba será que habrá de luchar con el buque campeón de Francia.

—Hasta ahora el papel había servido para escribir, imprimir, envolver, etc. La pasta de papel, previamente sometida á presiones enormes, para diversos usos también. Los japoneses, que han hecho adelantar muchísimo la industria papelera, han llegado á fabricar camisas y pañuelos de papel. Pero los que han «batido el record» son los yankees. Acaban de inaugurar en Wellstone una iglesia... de papel. Caben en ella más de mil personas y afirman sus constructores que será tan sólida y duradera como los templos de sillería. El coste de la nueva iglesia es muy escaso.

VIERNES, 30



**L**HE *Star* publica una curiosísima anécdota relativa á un ascendiente del coronel Lynch. Hela aquí:

«Arturo Lynch es difícil que se librara del cadalso si S. M. Eduardo VII tomaba por modelo á uno de los ascendientes del coronel, al más ilustre de los ochenta Lynch que han sido alcaldes de Galway desde 1484 hasta nuestros días. Tenta ese Lynch un hijo calaverón que le había dado muchísimos disgustos. Encargó á un dependiente suyo que lo volviera al redil; pero el joven cometió una última atrocidad: la de lanzar al agua al desdichado dependiente de su padre. Sosegado al cabo, iba á casarse y á convertirse en un personaje notable, cuando quiso la casualidad que se descubriera el crimen. El padre, magistrado de la City, hubo de condenarle á muerte; la madre suplicó, pero Lynch no dió su brazo á torcer, y el inflexible viejo, temiendo que su hijo pudiera sustraerse al castigo, le ahorcó con sus propias manos en la ventana del calabozo. Esto ocurrió en 1493 y una lápida del cementerio de Galwey recuerda aún los detalles de esta trágica historia.

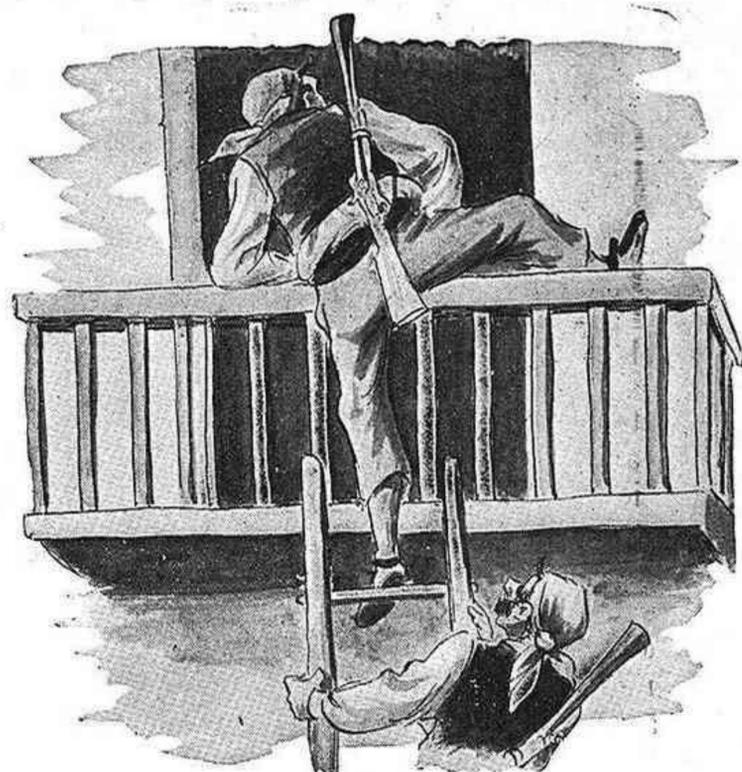
SÁBADO, 31



**D**A dictado el Lord Mayor de Londres una disposición que en lo sucesivo deberán observar todos los vecinos, mandando que éstos cuiden de que sus gatos no salgan á la calle. Esta disposición tiene por objeto evitar que los gatos destruyan los nidos que los pájaros hacen en los árboles de los grandes parques y en los tejados de las casas. Será, pues, preciso, que los vecinos de Londres domestiquen verdaderamente al gato, que hasta ahora se ha mostrado rebelde á todos los halagos y castigos.—A. RIERA



—Hay que subir con mucho silencio pa' no malograr el golpe.



El balcón está abierto; todo favorece mi plan.

### CANELITA

La eclampsia había hecho una de las suyas.

En un extremo de la cama, al que tal vez se deslizó buscando en la frescura del hilo blanquísimo de las sábanas un alivio al ardor febril, Marina, la niña de ojos azules y llenos de vida que parecía no poder extinguirse, dormía el eterno sueño de la muerte.

Y más que la materia muerta de un cuerpo que vivió, semejaba la viva encarnación de un ángel pintado en el cielo de cuadro prerrafaelista y recién caído en un campo de nieve.

Aquello no parecía real. Cualquiera, al penetrar en la habitación, hubiera creído perder la noción de sí propio, soñando la concepción de un pintor loco.

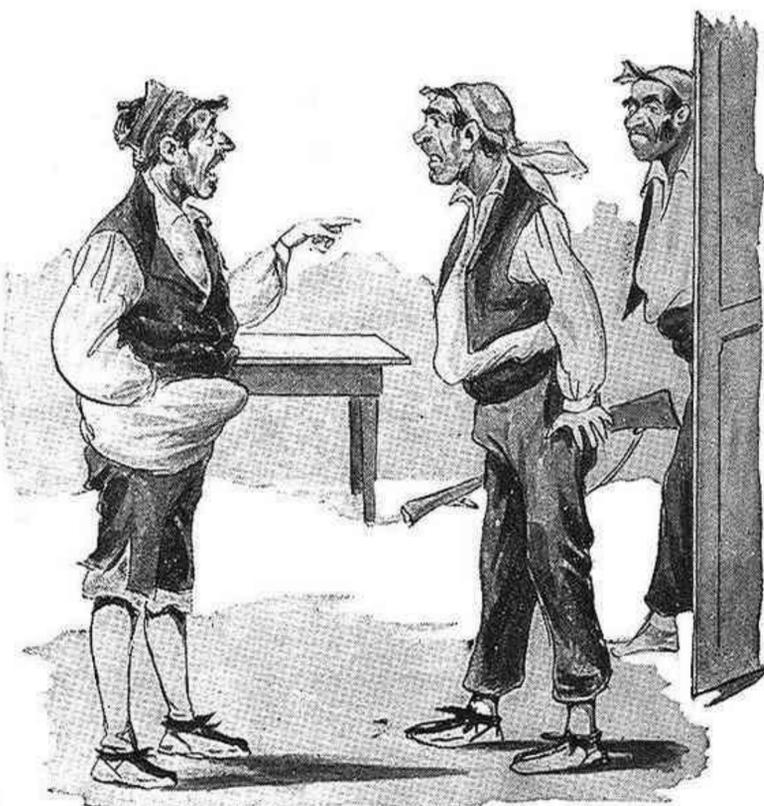
Una alcoba, sin más luz que la prestada por una ventana entreabierta en la pieza contigua. Una amplia cama de matrimonio, en un extremo de la cual yace muerta una niña que aparenta dormir ligeramente.

Entre la cama y la pared de la habitación, una pobre mujer abandonada sobre una butaca, estrechando convulsivamente contra su pecho el cuerpo de una hermosa muñeca con cabeza de sonrosada porcelana, y ojos grandes y azules que miran espantados...

Y el cuadro aquel era una escena de la vida real —¡Mamá! ¡mamá!—había dicho la pobre niña, cuando, pasado un acceso, remitió algo la fiebre que la consumía.—¿Cheres taeme la muñeca gande?... —¡Hija de mi vida!... ¡Todo lo que tú quieras!

Y la madre, después de besar con vehemencia á Marina, salió de la habitación pensando con alegría:

—Los médicos se equivocan. Mi hija está mejor. Quiere jugar...



—Pero ¿veniais á robar? Andar, andar y golveros una miaja más tarde que aun no nos himos acostau.

*Canelita*, como la niña había dado en llamarla, era una enorme muñeca de bonita cabeza de *biscuit*, cabellera rubia y abundante, y ojos azules muy grandes. *Canelita* era el último modelo de perfección mecánica.

Poniendo en juego un resorte, oculto entre los pliegues de su bata de raso, pronunciaba las palabras *papà*, *mamá*, con la claridad de un niño que comienza á saber hablar.

Pero lo que más entusiasmaba á Marina, era la precisión con que su muñeca *gande* entornaba los párpados, al ser colocada en posición horizontal, para abrirlos con aire soñoliento cuando se la incorporaba.

Marina jugó un rato con la muñeca.

Acometida luego de un nuevo acceso, cedió en su inocente afán.

*Canelita* quedó abandonada sobre el lecho, con la cara junto á la de la niña enferma y los ojos cerrados como si durmiera. Esta vez el ataque fué terrible.

La niña se estremeció violentamente, y después de balancear su cabeza algunos momentos, expiró.

La madre idólatra hubo de retirar del lecho en que su hija acababa de morir, la muñeca con que ésta había jugado por última vez.

Al ser incorporada, los párpados de *Canelita* se abrieron, dejando al descubierto unos ojos azules y grandes como los de la niña muerta.

Y la pobre madre, por una extraña influencia psíquica, cayó acometida de un fuerte colapso, durante el cual, estrujando contra su cuerpo el de la muñeca, ponía inadvertidamente en juego el mecanismo de ésta, que gritaba como con angustia:

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

A. HERNÁNDEZ Y CID



SOCIETA' ANONIMA PER LA  
**INCANDESCENZA**  
A GAS

**BREVETTO AVER**

SEDE SOCIALE BRUXELLES  
SEDE AMM<sup>NA</sup> ROMA 21 S. NICOLO DA TOLENTINO

**GUARDARSI DALLE CONTRAFFAZIONI**

ESEGUITO NELL'ISTITUTO CARTOGRAFICO ITALIANO 1888